

LA CRISIS EN LA EUROPA MEDITERRÁNEA: NOTAS PARA UNA VISIÓN DE CONJUNTO

Josep Maria Antentas

Universidad Autónoma de Barcelona
Centre d'Estudis Sociològics sobre la Vida Quotidiana i el Treball (QUIT)-Institut
d'Estudis del Treball (IET)

Resumen:

La Europa mediterránea condensa todas las tensiones políticas y sociales de la crisis. Las políticas de austeridad implican un proyecto de reorganización del modelo social y comportan de facto una transformación del régimen político y la implosión de los mecanismos democrático-institucionales. La socialdemocracia carece de proyecto propio diferenciado de la derecha y el sindicalismo mayoritario permanece atado a una orientación de concertación sin salida, en un contexto donde las resistencias sociales todavía no han alcanzado fuerza suficiente para obtener victorias claras aunque sí para contribuir a la deslegitimación del poder político y económico.

Palabras clave:

Crisis, austeridad, democracia, sindicalismo, resistencias.

Abstract:

Mediterranean Europe condenses all political and social tensions caused by the crisis. Austerity policies represent a project to reorganize the current social model and suppose in practice a regressive transformation of the political regime and the implosion of democratic and institutional mechanisms. Social-democracy lacks a project of its own different from the right-wing forces and mainstream unionism is still attached to a model of social partnership with no outcome, in a context where social resistances are not yet strong enough to obtain victories, although they have contributed to delegitimize economic and political power.

Keywords:

Crisis, Austerity, Democracy, Unionism, Resistance.

Recibido: 21/10/2013

Aceptado: 08/11/2013

La Europa mediterránea se ha convertido en el lugar donde se condensan todas las tensiones políticas y sociales de la crisis a raíz del estallido de la crisis de la deuda soberana. Tras el arranque de la crisis económica en 2008 todo un modelo de desarrollo y crecimiento basado en bajos salarios y especulación inmobiliaria se vino abajo. Pero también, debido a la aplicación de las medidas de ajuste, ha entrado en crisis el modelo social y el futuro de los derechos sociales conquistados en décadas anteriores.

La socialización de las deudas bancarias, en el conjunto de la UE 1,7 billones de euros fueron destinados para rescatar la banca privada en los primeros compases de la crisis (CADTM, 2010), agravó la situación de las cuentas públicas, colocando a los países de la periferia europea en el ojo del huracán e intensificando los ataques a los derechos sociales y su subalternización en el seno de la Unión. La unificación monetaria y la creación de la Eurozona se hicieron sobre la base de economías heterogéneas, con desiguales niveles de productividad y sin ninguna voluntad de corregir dicha situación. Ya antes del estallido de la propia crisis, los desajustes de este modelo quedaron patentes con un aumento de la disparidad en las tasas de crecimiento de los Estados miembros (Husson, 2010). Las diferencias de estructura productiva y de inserción en la economía internacional de los distintos países de la UE comportó un marcado contraste entre, por un lado, un núcleo de países competitivos, como Alemania, Países Bajos o Austria, que acumularon superávits comerciales, y, por el otro lado, un núcleo de países menos competitivos y con déficits comerciales, como es el caso de los llamados PIGS (Portugal, Italia, Grecia y el Estado español) (Medialdea, 2010). La creación del euro tuvo el doble objetivo de reforzar la dominación de clase en el seno de la UE y el papel del capitalismo europeo en el marco de la economía global (Durand, 2013). Desde su creación el euro ha actuado como un dispositivo de control salarial y del gasto público dejando sin margen de maniobra a los países con menores niveles de productividad para devaluar la moneda. Ha sido un instrumento utilizado por Alemania, fuerte en tecnología y en productividad, para convertirse en la principal potencia exportadora de la zona euro.

Con la llegada de la crisis los desequilibrios de fondo del proyecto europeo neoliberal se dispararon, exacerbando las tensiones en su seno y reforzando las relaciones jerárquicas centro-periferia. Los “golpes de Estado financieros” en Grecia e Italia a finales de 2011, con la designación de los gobiernos de Papademos y Monti respectivamente, ambos figuras salidas del mundo financiero y ligados a Bruselas, ha sido el más claro ejemplo de una lógica donde la Unión Europea actúa como “una potencia neocolonial” con su propia periferia y “aparece como lo que es, una amenaza mortal para las reglas democráticas más elementales, incluso las del régimen parlamentario liberal” (Kouvelakis, 2011). La vida política de la periferia europea desde el estallido de la crisis se ha vuelto de forma palmaria y visible cada

vez más dependiente y subalterna a la Troika, es decir, el Banco Central Europeo, la Comisión Europea y del Fondo Monetario Internacional, así como a la política del gobierno alemán.

Grecia y Portugal han padecido "rescates" oficiales de sus economías, cuya puesta en marcha va asociada a muy estrictas condiciones económicas. Regularmente las delegaciones de la Troika, popularmente conocidas como los Men in Black, visitan ambos países para supervisar el cumplimiento de dichas condiciones (Camargo, 2013). En el Estado español toda la política de los gobiernos españoles desde el año 2010, primero el de Rodríguez Zapatero y después el de Rajoy, ha estado orientada a satisfacer las "sugerencias" de la Troika y Alemania. Aunque el país no ha tenido un rescate formal de la economía, y un consiguiente tutelaje tan directo por parte de la Troika sino un proceso más indirecto y menos visible, en junio de 2013 tras la quiebra de Bankia fue acordado un rescate bancario limitado a la banca española de 100.000 millones de euros euros. La prima de riesgo ha actuado en todo este periodo como un elemento de chantaje permanente que ha servido para justificar la necesidad de una política de ajuste sin fin en la que las imposiciones exteriores van paralelas a los intereses de las elites económicas nacionales interesadas en favorecer un cambio de modelo social.

Ello no ha hecho sino aumentar la crisis de legitimidad del proyecto de integración europea que se viene larvando desde hace décadas, debido a la combinación entre la implementación de una política monetarista y neoliberal y la profundización del "déficit democrático" europeo en su arquitectura institucional construida mediante tratados sucesivos. Curiosamente esta crisis de legitimidad del proyecto de la UE había sido menor en algunos países de la periferia mediterránea, como Portugal, Grecia o el Estado español donde, hasta el estallido de la presente crisis económica, se había conseguido por parte de las clases dirigentes asociar la UE con "modernidad" y "progreso" en contraposición al aislamiento internacional y atraso que dichos países tuvieron durante las dictaduras militares de la segunda mitad del siglo XX. La crisis ha cambiado drásticamente esta situación y en el caso español, toda la retórica de la "modernización", asociada a la integración europea acrítica y la burda idealización de la misma, que constituyó la piedra angular del proyecto del PSOE en el Estado español tras su llegada al poder en 1982, se ha venido abajo.

Las políticas aplicadas en el conjunto de la Unión Europea y en particular en la periferia mediterránea han buscado recortar los derechos sociales, infligir una derrota histórica a las y los trabajadores y reforzar los mecanismos de dominación de clase. Para los poderes económicos las regulaciones sociales que aún existen en el viejo continente son un freno para la competitividad internacional de la economía europea y un molesto peso en la espalda del que se quieren deshacer (Husson,

2013). Las políticas de austeridad implican algo más que meros recortes. Estos son en realidad la punta del iceberg. Lo que está en marcha es una inmensa operación de “acumulación por desposesión” para utilizar el conocido término de Harvey (2004), y un amplio proyecto de reorganización social y de cambio de modelo social bajo los designios del capital financiero. No es un diseño acabado, ni coherente, ni planificado en su totalidad pero, sin duda, lo que está en juego es un cambio en profundidad y drástico del actual modelo social. Asistimos a una “latinoamericanización”/“tercermundización” de las sociedades euromediterráneas en términos de modelo de sociedad (desigualdad, desestructuración social, aumento de las violencias...). La entrada espectacular del Fondo Monetario Internacional (FMI), viejo conocido de los pueblos de América Latina, en la política europea simboliza, en cierto modo, esta dinámica “latinoamericanizadora” de la Europa del Sur.

La batalla más decisiva para fijar las coordenadas del mundo del futuro, sin duda, se libra en Grecia, donde se atraviesa una crisis político-social sin equivalente en el resto de la Unión Europea. Convertido en un verdadero banco de pruebas, en un laboratorio de las clases dominantes en su proyecto de reorganización de las relaciones sociales, tal y como lo fue Chile en los 70, el país helénico es también un auténtico laboratorio de las resistencias sociales y de los intentos de las fuerzas populares por enfrentar al bulldozer del ajuste social. En él ha acontecido un “cambio violento de paradigma económico y social” y una “terapia de shock perpetua” (Sotiris, 2013). Si la “tercermundización” de Grecia se completa con éxito, allanará el camino para la intensificación, aún más, de los ataques a los derechos sociales y democráticos en el resto de la Unión Europea. Si, por el contrario, se descompone definitivamente la hegemonía de las clases dominantes, su crisis de legitimidad deviene irreversible, y en paralelo las fuerzas populares pudieran recomponer una contrahegemonía alternativa, la estocada a los planes de la elite financiera internacional sería clave.

CRISIS DE LA POLÍTICA Y DE LA DEMOCRACIA

La transformación del modelo social implica de facto un cambio de régimen político. La involución oligárquica de las democracias parlamentarias se profundiza e intensifica. La aplicación de planes de ajuste estructural sacude a toda la sociedad, tiende a dinamitar el sistema de partidos y a hacer estallar los mecanismos tradicionales de representación. Tiene lugar un vaciado de contenido, una implosión, de los dispositivos democrático-institucionales tradicionales de los países europeos, por la supeditación extrema de la política a los intereses del capital financiero, bien ejemplificada por la colocación en posiciones institucionales clave en la UE y en muchos países de hombres de Goldman Sachs. La sumisión mostrada

por parte de los partidos políticos al mundo financiero ha quedado más patente que nunca, haciendo aumentar la desafección respecto a la política institucional y el escepticismo hacia los representantes políticos, cuyo descrédito es creciente. Entre los muchos episodios de ello tenemos la reforma exprés de la Constitución española en agosto y septiembre del 2011 por la que se modificó el artículo 135 del texto constitucional para introducir en él el concepto de estabilidad presupuestaria y establecer la prioridad absoluta del pago de la deuda y los intereses. Se “constitucionalizaba” así uno de los preceptos económicos del neoliberalismo y de las políticas de austeridad siguiendo una lógica que “pretende llevar a las normas de mayor relevancia jurídica -tratados, constituciones, leyes orgánicas- un modelo ideológico tan cerrado que excluye modelos alternativos, desvirtuando de ese modo el alcance del principio democrático” (Pisarello, 2011b).

La crisis ha mostrado de forma cruda las falacias ideológicas del neoliberalismo y ha puesto al descubierto la verdadera naturaleza del sistema, cuya coartada se ha desvanecido. La sensación de vivir en una democracia secuestrada por el poder financiero, los mercados, las agencias de rating... se ha generalizado. La subyugación de la política a manos de los intereses del poder financiero, y la implosión de facto de los mecanismos de participación democrática institucional agudizan la “crisis de representación” de las y los trabajadores y las capas populares que se viene fraguando y acentuando en las últimas tres décadas de neoliberalismo, adaptación social-liberal de la socialdemocracia, y descomposición del movimiento obrero. Si la política desaparece en beneficio de la imposición mecánica de los intereses privados del capital es la democracia quien también se evapora, pues “el presupuesto de la democracia, es la política” (Bensaïd, 2010).

Las democracias parlamentarias se han convertido en “Estados de derecho oligárquicos” (Rancière, 2006), donde una minoría profesionalizada y supeditada al poder económico monopoliza la representación política y excluye de facto de la participación política a la mayoría, aunque sigue sacando su legitimidad formal de ella a través del sufragio universal y las victorias electorales. Esta democracia oligárquica se convierte a la par en una verdadera plutocracia donde el poder está en manos de una minoría económicamente privilegiada, este simbólico 1%, señalado por Occupy Wall Street, y que representa a la fracción financiera de la burguesía hoy dominante. Stathis Kouvelakis (2011) refiriéndose hoy a la situación de Grecia nos recuerda la viva actualidad de los comentarios de Marx (1992[1850]) sobre la Monarquía de Julio, a los que ya nos hemos referido más arriba. En ella dominaba “no la burguesía francesa sino una fracción de ella: los banqueros, los reyes de la Bolsa, los reyes de los ferrocarriles, los propietarios de minas de carbón y de hierro y de explotaciones forestales y una parte de la propiedad territorial aliada a ellos: la llamada aristocracia financiera. Ella ocupaba el trono, dictaba leyes en las Cámaras y adjudicaba los cargos públicos, desde los ministerios hasta los estancos”.

La dinámica general de la crisis desemboca en una involución oligárquica y plutocrática de los regímenes parlamentarios liberales que acelera y transforma cualitativamente un largo proceso de desdemocratización al servicio del gran capital, iniciado hace décadas con el ascenso de lo que Gerardo Pisarello (2011) llama el “Termidor neoliberal”. Éste no es más que la forma actual de un largo proceso histórico de involuciones democráticas que ha recorrido el mundo moderno y que tiene en el constitucionalismo termidoriano de la Revolución francesa su ejemplo paradigmático. El escenario que dibuja la crisis, nos recuerda el autor, es el de la configuración de una “oligarquía isonómica”, es decir, un tipo de régimen en el que no hay una supresión absoluta de derechos y libertades sino su minorización y reducción, preservando “regímenes mixtos en los que convivan elementos oligárquicos y democráticos, pero en los que estos últimos ocupen un papel marginal”.

La deslegitimización del poder político y de la clase política se acentúa a medida que recortes y chantajes financieros avanzan, aunque se expresa todavía más en forma de malestar y pérdida de confianza que no todavía en un rechazo activo a las instituciones existentes, con la excepción del caso griego donde la elite político-financiera ve descomponerse las bases de su hegemonía por el brutal impacto del ajuste estructural y la supeditación neocolonial, (y, en otro sentido, del movimiento independentista en Catalunya respecto al Estado español). En los años 90 y 2000, fueron las abiertamente antidemocráticas instituciones internacionales que encarnaban el proceso de globalización, como la Organización Mundial del Comercio (OMC), el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco mundial (BM) las que sufrieron una fuerte erosión, a medida que la crítica “antiglobalización” cogía fuerza y a raíz de la crisis financiera de 1997-1998. Ahora, en una dinámica que significa un salto cualitativo enorme, son los gobiernos democráticamente elegidos y las instituciones democráticas nacionales las que se ven cuestionadas y están en el centro de la diana, al quedar expuesta, negro sobre blanco, su supeditación a la oligarquía financiera, como aconteció durante los años 2000 en diversos países de América Latina bajo el shock del ajuste estructural (Antentas y Vivas, 2012).

En la Europa mediterránea, en particular Grecia, Portugal y el Estado español, la crisis económica y social se convierte en una crisis política cada vez más profunda con procesos crecientes de deslegitimación de instituciones y partidos políticos mayoritarios y de rechazo a las élites financieras. En Grecia, el caso más avanzado, acontece una crisis de hegemonía en el sentido gramsciano del término que no cesa de profundizarse y que ha provocado una explosión del sistema tradicional de partidos (Sotiris, 2013). En el Estado español el rechazo a “políticos y banqueros”, que fue el lema fundacional del 15M, sólo hace que aumentar y se va entrando en una dinámica creciente de “crisis de régimen” en la que se entremezcla el desgaste

de las instituciones del Estado y de los dos grandes partidos por su gestión pro-banqueros de la crisis con la crisis del modelo de Estado y el ascenso del independentismo en Catalunya.

El aumento de la represión y las lógicas de excepción son el correlato de esta situación. El avance del Estado penal ha ido en paralelo al retroceso del Estado social. La conculcación de libertades y derechos ha sido una constante de la era neoliberal, explotando miedos e inseguridades, en nombre de la lucha contra la inmigración, la defensa de la seguridad ciudadana y, desde los años 2000, el combate contra el terrorismo global. Ante el estallido de luchas sociales contra la crisis, esta lógica liberticida gira la tuerca unos grados más, avanzando hacia un “Estado de excepción interior” permanente que busca garantizar el orden público cuando los estragos de la crisis, las medidas de ajuste y el descrédito de los representantes políticos han provocado una inmensa reacción social indignada que, con sus vaivenes. La profundización de las consecuencias políticas de la crisis en Grecia, Portugal y el Estado español, del sistema de partidos tradicional, de los estallidos sociales y de los problemas de “gobernabilidad” hacen prever un deterioro de la situación política, en países donde además la tradición “democrática” de sus elites políticas y empresariales es muy superficial e históricamente poco arraigada. Aumentará la represión policial, el endurecimiento de las leyes y la violación reiterada por parte del poder de su propia legalidad y reglas del juego cuando sea necesario, en el marco de una creciente involución autoritaria de la vida política y social, a la que hay que añadir el aumento o irrupción de la extrema derecha (entre los múltiples ejemplos de esta dinámica una de la más recientes es el anteproyecto de ley orgánica de Protección de la Seguridad Ciudadana formulada por el gobierno español en noviembre de 2013). El recurso a salidas autoritarias, cuya concreción puede tomar muchas formas, se irá convirtiendo cada vez más en una hipótesis real para la clase dominante, a medida que se agudice la crisis de legitimidad y los mecanismos de dominación tradicionales vayan descomponiéndose.

¿SOCIALDEMOCRACIA?

La socialdemocracia no presenta ni a escala europea ni en la zona euromediterránea ningún tipo de alternativa a las políticas actuales, ni ninguna agenda propia de salida a la crisis diferenciada de la de la derecha y la del propio capital financiero. Ha colaborado activamente en la aplicación de las medidas de ajuste en todos los países de la periferia. Su gestión procapitalista de la crisis culmina así una larga trayectoria de integración en las estructuras políticas y económicas capitalistas. En Alemania el SPD no cuestiona tampoco, de forma real, la austeridad de Merkel ni el relato oficial de la crisis que culpabiliza a los “trabajadores del sur”. No podría descartarse por completo que en un futuro una mayoría socialdemócrata en los países claves de la

UE pudiera plantear alguna ligera variación o “respiro” a los países en peor situación y se optara por abrir un poco la válvula para soltar vapor, con el objetivo de paliar el agravamiento de las tensiones sociales, pero difícilmente habría ningún cambio serio de rumbo. Buena prueba de ello es como, a pesar de toda la pompa mediática inicial, las expectativas con Hollande, para quien las tuviera, han quedado rápidamente defraudadas a medida que quedaba claro el compromiso del presidente francés con las políticas de austeridad y el pacto fiscal a escala europea.

La socialdemocracia aparece hoy como una corriente históricamente agotada y sin proyecto político propio. Donde ha aplicado políticas de austeridad paga un precio político enorme. Su crisis adquiere una intensidad cada vez mayor aunque con grados diferentes. Conserva todavía, a pesar de todo y con formas distintas en función de casa país, amplios aparatos político-electorales, resortes en algunos sectores de la sociedad y en los sindicatos, y el control o afinidad con medios de comunicación. Desprovista de un proyecto de transformación y convertida en servidora fiel del poder financiero en un momento donde éste sacrifica a la mayoría de la sociedad para salvarse a sí mismo, la socialdemocracia del sur de Europa entra en contradicción y en colisión con su base social.

En Grecia el PASOK ha sido destruido y sus intenciones de voto están por debajo del 10%. En el Estado español el PSOE no remonta en las encuestas ni capitaliza el desgaste del gobierno derechista del PP y, al contrario, pierde apoyo electoral y credibilidad social de forma sostenida. En Portugal el PS conserva una cuota electoral importante y no aparece tan en declive como PASOK o PSOE pues aunque el gobierno el PS firmó el Memorando su aplicación práctica correspondió a la derecha y ello, unido a una renovación de caras y de dirección, permitió al PS portugués aparecer menos responsable de las políticas de austeridad y poder capitalizar desde la oposición en cierta forma el desgaste del gobierno de Passos Coelho combinando una oposición formal a los recortes con un apoyo de fondo a las políticas de austeridad. Pero todo apunta a que cuando el maltrecho Passos Coelho caiga tendrá que comprometerse de nuevo en la gestión de la austeridad, ya sea en un gobierno propio o en un gobierno de unidad nacional, que lo desgastará irremediabilmente. En Francia el rápido desgaste de la popularidad de Hollande, es también notorio, así como el clima de desencanto con su presidencia...

El agotamiento de la socialdemocracia en el torbellino de la crisis contemporánea recuerda al del liberalismo en los años 30. Como señala Daniel Bensaïd (2009), los escritos de Keynes a propósito del liberalismo histórico se aplican casi a la perfección a la socialdemocracia actual: “Los objetivos políticos que movilizaban a los partidos en el siglo XIX [reemplacemos por el siglo XX, nota de Daniel Bensaïd] están tan muertos como el cordero servido la semana pasada, cuando surgen las preguntas sobre el futuro, las que no han encontrado lugar en los programas de los

partidos cuyos viejos programas cabalgan (...). Las razones positivas de ser liberal [reemplacemos por “socialdemócrata” nota de DB.] son bastante más débiles hoy. A menudo es sólo el azar de los temperamentos o de los recuerdos históricos, y no una divergencia política o un ideal propio el que separa hoy a un joven conservador progresista del liberal [reemplacemos por “del socialista” nota de DB.] medio. Los viejos gritos de guerra han sido puestos en sordina o reducidos al silencio”. O, más bien, reducidos a la alternancia electoral mercantilizada.

La crisis de identidad, proyecto y apoyos sociales de la socialdemocracia, que tuvo un papel clave en la formación de los regímenes posdictatoriales en los años setenta en Grecia, Portugal y el Estado español y en encauzar las transiciones hacia sendas ordenadas es, de hecho, un aspecto concreto de una crisis más general del orden político establecido entonces en estos tres países.

UN SINDICALISMO DE CONCERTACIÓN DESCONCERTADA

El sindicalismo tradicional se ha manifestado incapaz de articular una política de resistencia sostenida a las medidas de austeridad. Los sindicatos mayoritarios siguen aferrados a un modelo institucionalizado orientado al “diálogo social” que está estratégicamente exhausto. La política de concertación del periodo anterior a la crisis sirvió para aumentar ilusoriamente el poder institucional de los sindicatos, pero en medio de un creciente divorcio entre éstos y su propia base social y de la aceptación de unas políticas que no sólo implicaban la reducción de las condiciones de vida y laborales de los trabajadores sino que facilitaban la desestructuración y descomposición de dicha base social.

La crisis económica capital muestra también la existencia de una fuerte crisis de estrategia sindical, de proyecto y de identidad (Hyman, 2001). No es un problema nuevo, sino la agravación de la incapacidad mostrada en las últimas décadas para ofrecer la respuesta adecuada al ascenso de las políticas neoliberales y a la precarización de los derechos sociales y laborales. El modelo de sindicalismo de concertación, orientado fundamentalmente a la práctica institucional, hizo una labor de “acompañamiento crítico” de las líneas maestras de la política neoliberal y de la integración europea apoyando “críticamente” de forma sucesiva todos los grandes tratados europeos. Sólo ofreció resistencias puntuales ante situaciones concretas que se juzgaban “excesivas” (como la Directiva de las 65 horas en 2008), pero sin plantear una crítica de conjunto al modelo neoliberal ni organizar una respuesta movilizadora, adaptándose progresivamente al marco ideológico y conceptual del proyecto de integración europea (Gobin, 1997; Martín y Ross, 2001).

La magnitud de los ataques, y la reacción social desde abajo a través de los movimientos “indignados”, ha empujado a los sindicatos mayoritarios en el Sur de Europa, hacia la lucha, pero sin que esto suponga un cambio de modelo sindical o

de reflexión estratégica sobre el agotamiento del “diálogo social”. Mantienen una orientación en zigzag (movilización, intento fallido de diálogo social, movilización ante nueva agresión y así sucesivamente), desgarrados entre su orientación hacia una concertación inviable y la necesidad de movilizarse para defender los derechos sociales y su propio futuro en tanto que organizaciones, pero anclados en su mentalidad institucional y burocrática y en la voluntad de no mezclarse con las luchas y movimientos sociales que no controlan. Buena prueba de ello son la secuencia de las tres Huelgas Generales en el Estado español (29S de 2010, 29M de 2010 y 14N de 2012) y, sobretodo, la treintena Huelgas Generales en Grecia desde 2010 hasta hoy en día. Su tendencia histórica al declive y a la pérdida de influencia social y la erosión de su base social tradicional puede ir, paradójicamente, paralela a nuevos momentos de protagonismo y visibilidad concreta en la lucha contra los recortes. Es, como las propias direcciones sindicales saben, el propio futuro de los sindicatos lo que está en juego y si las políticas de ajuste y de reorganización de las relaciones de sociales y de clase en curso acaban imponiéndose el papel de los sindicatos en la Unión Europea será poco menos que irrelevante.

A escala europea la Confederación Europea de Sindicatos no ofrece ninguna alternativa coherente de resistencia a los planes de ajuste ni un intento de articular la solidaridad internacional de las y los trabajadores. Las confederaciones sindicales nacionales encarnan en realidad “modelo nacional competitivo” de sindicalismo, al que podemos oponer teóricamente un “modelo internacionalista solidario” hoy inexistente (Antentas, 2008). La fractura entre los sindicatos del sur y los del centro y norte-europeos se ha ensanchado y profundizado con la crisis y la aplicación de las políticas de ajuste. Éstos últimos aceptan, de forma más o menos explícita, el relato oficial de los gobiernos centro y norte-europeos y de la Troika de que la responsabilidad de la crisis es culpa de los trabajadores del Sur de Europa, poco productivos, derrochadores y que no pagan impuestos. Esta argumentación sirve a gobiernos y élites financieras centro y norte-europeas para desplazar las contradicciones sociales domésticas hacia afuera.

Sin embargo, los propios sindicatos mediterráneos mayoritarios han sido incapaces de articular internacionalmente una política coordinada de oposición a las políticas de austeridad. La jornada del 14 de noviembre, anunciada inicialmente como una huelga “euromediterránea”, al final no fue más allá de meras Huelgas Generales paralelas en Portugal y el Estado español y movilizaciones simbólicas en Italia y en ninguno de estos países los sindicatos pusieron énfasis relevante en el carácter internacional de la jornada, cuando precisamente enfatizar dicha dimensión internacional podría ser una palanca para dar mayor credibilidad a las acciones sindicales y para ir generando en el imaginario colectivo de los trabajadores euromediterráneos la percepción de formar parte de un movimiento internacional solidario de respuesta a las políticas de ajuste.

Las mutaciones del modelo social, de la fragmentación e individualización de la clase trabajadora y los cambios en la organización productiva experimentadas durante la reestructuración neoliberal desorganizaron y debilitaron al movimiento obrero y al sindicalismo. Sus estructuras y organizaciones se han vuelto inadecuadas para hacer frente a los desafíos del presente y del futuro. La capacidad de acción colectiva de los trabajadores disminuyó y el contraste entre la capacidad de movilización en la “calle” contrasta con la pasividad en el centro de trabajo. A diferencia del ciclo de los sesenta-setenta el arranque del movimiento no comporta una explosión de la conflictividad laboral desde abajo, ni se produce una reactivación y reconstrucción del movimiento obrero como durante la depresión de los años 30 en los Estados Unidos. Esta crisis llega tras una fase de declive sindical prolongado, en la que las estrategias sindicales mayoritarias se han orientado en la dirección opuesta a la necesaria para hacer frente a los cambios acontecidos, sin que las corrientes sindicales democráticas y combativas tengan fuerza suficiente, debido a las transformaciones acontecidas en el mundo del trabajo productivo, para contrarrestar la política del sindicalismo hegemónico.

La magnitud de la agresión a los derechos sociales y laborales y la firme determinación del capital de provocar un punto de inflexión histórico hacia un nuevo modelo de sociedad plantean la necesidad acuciante de reconstruir el movimiento sindical en la Europa mediterránea. La prioridad es reconstruir, en un mundo cada vez más fragmentado, una cultura de la solidaridad, de la movilización y de la participación cotidiana en los asuntos colectivos. Se requieren nuevas formas organizativas y estrategias para conectar con los segmentos más débiles de la clase trabajadora, como los parados, los precarios, los inmigrantes..., combinando la acción en el centro de trabajo y en el territorio, construyendo sociopolíticamente las luchas y fomentando la colaboración entre sindicatos y otras organizaciones y movimientos sociales y desarrollando una práctica militante dinámica que rompa con la acción sindical rutinaria.

Experiencias como las distintas “mareas” muestran los caminos a explorar en la búsqueda de un nuevo tipo de sindicalismo y de movimiento obrero en sentido amplio del término. También el eslogan una “Huelga General del 99%” adoptado por el 15M justamente va en la dirección de repensar lo que significa una Huelga General para hacerla inclusiva a todos aquellos trabajadores ubicados fuera del radio de influencia de los sindicatos (precarios, inmigrantes, pequeñas empresas...), a los expulsados del ámbito productivo por estar en paro o jubilados, a quienes sólo realizan trabajos reproductivos y de cuidado, y para intentar ligar protestas laborales y de consumo y, con ello, reforzar así la dimensión social, ciudadana y territorial de la Huelga General. No hay que olvidar que uno de los aspectos más sobresalientes de las Huelgas Generales del 14N y el 29M es la masividad de las manifestaciones, reflejo tanto de la adhesión activa a la protesta y del nuevo clima de combatividad

como de la importancia de la expresión territorial y ciudadana de la Huelga General (Antentas, 2013).

RESISTENCIAS AL BULLDOZER DE LA AUSTRERIDAD

El arranque desde 2011 de un ciclo internacional de resistencias a las políticas de austeridad es claro, aunque éstas sigan siendo muy desiguales entre los distintos países euromediterráneos. No sólo Grecia, el Estado español, Portugal y Chipre han vivido un largo proceso de resistencias a la austeridad. También lo han hecho Rumanía a comienzos de 2012, Eslovenia a partir de finales de este mismo año y Bulgaria en febrero de 2013 con la caída del primer ministro tras una semana de protestas contra el aumento del precio de la energía. En términos geopolíticos la principal debilidad del ciclo actual es el hecho que la ola de movilizaciones contra la austeridad no ha llegado, de forma clara aún en Francia, país clave en las resistencias al neoliberalismo desde 1995 hasta el estallido de la crisis (Kouvelavis, 2007; Aguiton y Bensaïd, 1997), y a Italia, donde la situación social aún no ha explotado a la "española", a pesar de haber vivido movilizaciones relevantes estos dos últimos años.

2011 marcó el inicio de una nueva fase, el comienzo de una nueva oleada contestataria internacional que expresa una marejada de fondo que no va a evaporarse. Su desarrollo no es sin embargo lineal, sino discontinuo y con altibajos, ni a ritmos acompasados en los distintos países mediterráneos. En el Estado español tras el estallido de mayo-junio de 2011 entramos en un periodo en el que la protesta social vuelve a formar parte del paisaje de fondo y en el que se mantiene las simpatías sociales por los movimientos de protesta, cuya legitimidad social aumenta en paralelo a la deslegitimación de las instituciones. El eco obtenido por la PAH y por algunas de las Mareas (como en enseñanza o sanidad) son el caso más notorio. Al mismo tiempo las dificultades para mantener el impulso de las luchas sociales son claras y hay problemas para relanzar de nuevo la movilización a gran escala (Antentas, 2013; Anton, 2013). En Portugal, tras el estallido temprano en marzo del 2011 del movimiento *Generação a Rasca* se entró en una etapa donde el miedo y la resignación dominaron, hasta la que gran movilización de setiembre de 2012 arrancó un nuevo ciclo con la emergencia de *Que se lixe a Troika* y la gran manifestación del 2 de marzo de 2013 (Camargo, 2013). En Grecia el ciclo de luchas comenzó ya desde antes, primero con la explosión juvenil de diciembre de 2008 y después con el inicio de una larga serie de huelgas a partir de 2010. El 25 de mayo, bajo el calor del 15M español estallaría en el país helénico una verdadera insurrección popular, abriendo una secuencia que tendría en las movilizaciones de noviembre de 2011 y de febrero de 2012 sus hitos más relevantes (Sotiris, 2012).

Las movilizaciones en la Europa mediterránea han estado influenciadas entre sí, inspirándose unas de otras, adoptando lenguajes y formas de acción comunes, aunque obedecen a realidades nacionales y a contextos políticos distintos. Sin embargo ha habido pocas iniciativas internacionales de coordinación relevantes, aparte de la jornada del 15 de octubre de 2011, y los movimientos emergentes han sido incapaces de dotarse de marcos de coordinación internacional sólidos, en un contexto dominado por las agendas y los calendarios nacionales y las propias urgencias cotidianas. Los espacios de coordinación existentes, físicos o virtuales, todavía no han permitido impulsar iniciativas fuertes y empezar a construir una política común compartida entre una diversidad de actores, movimientos y realidades, aunque no han faltado intentos, como por ejemplo, la jornada de manifestación internacional del 2 de junio, impulsada por Que se lixe a Troika en Portugal y las Mareas ciudadanas en Madrid y Junes Podem en Barcelona.

La lógica del ciclo actual es defensiva ante una intensificación sin precedentes de los ataques, y se desarrolla en una correlación global de fuerzas muy desfavorable, pero contiene en su seno elementos ofensivos, en el sentido de ser disruptivos y de tener capacidad de desestabilización del funcionamiento rutinario de las instituciones, y con capacidad de contra-ataque en un contexto de pérdida de legitimidad del sistema político y económico. Las luchas sociales no han conseguido una dinámica de victorias que permitan una acumulación de fuerzas ascendente y las grandes batallas que se han librado en todos los países euromediterráneos desde que estalló la crisis se han perdido. Aquellas victorias obtenidas, como la parálisis de desahucios en el Estado español son muy defensivas y temporales. Las resistencias no han alcanzado todavía consistencia suficiente para provocar un cambio de rumbo ni para frenar los ataques sociales cada vez más intensos, pero sí ha supuesto un desafío sin precedentes a un neoliberalismo de muy maltrecha legitimidad y a los intentos de socializar el coste de la crisis. La oleada de luchas abierta en 2011 ha supuesto una “modificación brutal de la relación entre lo posible y lo imposible” en palabras de Alain Badiou (2011), aunque en un contexto donde el movimiento se desarrolla en unas condiciones adversas y bajo una degradación muy fuerte de la correlación global de fuerzas.

El reto de fondo es reconstruir un nuevo bloque social, cuyas bases son todavía frágiles y gelatinosas, en una sociedad fragmentada y desestructurada que articule los intereses comunes desde la comprensión de la pluralidad de lo social. Este es por ahora una de las debilidades del momento actual, que continúa una dinámica ya presente en las resistencias a la mercantilización del planeta desde los 90, marcado por la poca traducción organizativa de las luchas. No hay un crecimiento significativo a gran escala de organizaciones políticas, sindicales o sociales alternativas existentes ni la emergencia de nuevas formas estables de participación a gran escala como resultado de la radicalización en curso, más allá de las asambleas

de barrio. Sindicatos alternativos, partidos de izquierda, asociaciones vecinales..., cada cual en sus proporciones, tienen dificultad para traducir en avances organizativos su creciente audiencia e influencia social. Las formas organizativas que tomará la política del futuro están por definir. Estamos en un periodo de transición y de gran convulsión social. Como ya sucedió en épocas parecidas, las resistencias emergentes son una primera respuesta social cuyo desenlace reconfigurará el panorama político, social e intelectual del mundo a venir (Antentas y Vivas, 2013).

A pesar de la falta de victorias, aún con una vida cotidiana más desesperada, no hay un sentimiento de derrota las sociedades afectadas por el ajuste estructural, ni tan siquiera en Grecia. No hay un sentimiento de derrota definitivo, una resignación final que diera paso a una situación de descomposición social y generalización de la apatía, el cinismo y un individualismo competitivo feroz. La situación actual tiene de hecho un aspecto paradójico. Por un lado, asistimos a un ataque sin precedentes recientes contra los derechos sociales básicos. Por el otro, la propia profundidad del mismo desestabiliza los cimientos de la propia legitimidad del poder político y económico. Se abre una encrucijada en la que lo peor y lo mejor es posible. Amenazas y oportunidades se disparan a la par.

LA CRISIS DE LA IZQUIERDA Y LA IZQUIERDA DE LA CRISIS

La crisis política causada por la aplicación de las medidas de austeridad y la implosión de los mecanismos democrático-institucionales tradicionales supone un seísmo para el sistema político y el comportamiento electoral de los votantes el cual en circunstancias normales se caracteriza por lentas y poco bruscas mutaciones. En un escenario de crisis de la socialdemocracia y de compromiso con ésta de la austeridad la izquierda a la izquierda de ésta tiene dificultades para desarrollarse, con la excepción del caso griego. La traducción político-electoral de las resistencias sociales, a pesar de todo, sigue siendo limitada y contradictoria.

Asistimos a un proceso de politización social, de re interés por los asuntos colectivos, aunque es una politización contradictoria y que empieza remontando desde muy abajo, y sin referentes claros (políticos, culturales, intelectuales, históricos, organizativos...), o con referentes excesivamente confusos y de resultados reales poco definitorios (aunque paradójicamente muchas veces aparezcan idealizados como la “revolución” islandesa o los procesos latinoamericanos). Aunque de forma titubeante ha quedado atrás el período de lo que Daniel Bensaïd (2004) llamaba la “ilusión social”, de autosuficiencia de los movimientos sociales propia de los años noventa y la primera década del siglo XXI, o de las ideas de “cambiar el mundo sin tomar el poder” estilo Holloway (2002). No en vano las revoluciones árabes, con los intentos populares de derribar el poder y la caída de los dictadores son el acontecimiento fundacional que permanece en el imaginario de la

juventud radicalizada contra la austeridad en Europa. Cada vez más la “cuestión política” aparece como insoslayable ante la virulencia de los ataques a las condiciones de vida por parte del poder y la deslegitimación que dichos ataques provocan, precisamente por su profundidad, a partidos e instituciones.

La desafección ciudadana ante los grandes partidos, sin embargo, se profundiza así como el castigo electoral a los gobiernos (de derechas o social-liberales) de turno en cada país. Pero en una situación de confusión política e ideológica las consecuencias político-electorales de ello son contradictorias. Las razones de fondo de esta situación hay que buscarlas en fenómenos ya conocidos: el peso de las derrotas políticas de las últimas décadas, la ausencia de referentes ideológicos, la despolitización operada en las últimas décadas, y la falta de credibilidad de los partidos. La crisis contemporánea, a diferencia de la de 1929 llega tras décadas de retroceso del movimiento obrero y de derrotas políticas y sociales. Aparecen fenómenos cuya emergencia expresa a la vez desafección y malestar, de un lado, y la ausencia de visiones alternativas coherentes, del otro. El éxito de Grillo en Italia en las elecciones generales del 24-25 de febrero, sobre los cimientos de una izquierda descompuesta es una muestra de ello (Pucciarelli, 2012).

Este escenario de deslegitimación pero de confusión social, debilidad de la izquierda como alternativa coherente y ausencia de victorias de las luchas sociales, favorece el crecimiento de la extrema derecha en los países euromediterráneos y por todo el continente. Su ascenso se fundamenta en la xenofobia como denominador común y la explotación del malestar social derivado ahora de la crisis y, ya desde antes, por la destrucción del Estado del bienestar durante décadas de neoliberalismo. La aplicación de políticas económicas y sociales que destruyen a los sectores populares, aumentan las desigualdades, y funden los vínculos entre las organizaciones de izquierda y los trabajadores, abren paso al populismo xenófobo, fruto como señala Enzo Traverso (2010) de la “desorientación de un pueblo que ha sido abandonado por la izquierda”. La extrema derecha toma la forma, aunque con muchas variantes país por país, de una “derecha nacional” nacional-populista (que en varios casos es una derecha neofascista “camuflada”), que utiliza la xenofobia (y en particular la islamofobia) y el discurso demagógico contra las élites como señas de identidad. El Frente Nacional de Marine Le Pen, en pleno ascenso en las encuestas, es su expresión política más clara y sólida. La excepción a esta situación es Aurora Dorada en Grecia cuyo modelo es directamente el fascismo y el nazismo de los años treinta. En el caso español, la naturaleza del Partido Popular y las características específicas de la extrema derecha española aún no ha dado lugar a su expresión político-electoral independiente, con la excepción de Plataforma x Catalunya (Pastor, 2010; Casals, 2010). Sin embargo, el ascenso de UpyD con el españolismo y la retórica contra los partidos tradicionales como bandera, simboliza

también, aunque de forma distinta, este ascenso de alternativas de contenido populista conservador.

En la periferia mediterránea europea la situación de la izquierda es muy distinta país por país. En Grecia la izquierda es política, organizativa y culturalmente sólida y el ascenso de Syriza y el hundimiento del PASOK marca la vida política del país. En Portugal, aunque como hemos señalado el PS todavía resiste relativamente bien la situación, el mapa político de la izquierda está dominado por un peso relevante del Partido Comunista Portugués (PCP) y el Bloco d'Esquerda en un escenario donde el peso de la izquierda política y de los sindicatos es muy determinante en los movimientos sociales. Ello somete a los partidos de izquierda, en un escenario de fondo de desconfianza hacia los partidos y la representación político-electoral, en permanencia a una tensión estructural y a una presión de lo "nuevo" y lo "emergente". En Italia las elecciones generales del 24-25 de febrero marcaron, en cierto modo, el final de una etapa y la descomposición definitiva de la izquierda y el naufragio de los distintos pedazos surgidos de la disolución del PCI y que rechazaron seguir la senda de adaptación al social-liberalismo. Aparece ahí una enorme tarea de reconstrucción político-cultural-organizativa en un escenario de permanente inestabilidad política, ascenso de la derecha radical y de ausencia, todavía, de una explosión social como la del 15M en el caso español. En el Estado español la creciente crisis de régimen y de los dos grandes partidos provoca un ascenso electoral de IU, en tanto que único referente de ámbito estatal creíble en lo electoral, pero por si sola ésta no puede constituirse como la "alternativa", ni puede transformar en militancia orgánica los apoyos electorales, al carecer de lazos sociales suficientemente sólidos y porque aparece como parte de lo "viejo" y de la política tradicional. Sectores importantes del activismo social, abandonando progresivamente el discurso de autosuficiencia de la lucha social, empieza a plantearse la cuestión de la alternativa política, pero aún de forma incipiente y contradictoria. El ascenso de ANOVA en Galicia, de la CUP en Catalunya, o la arrancada prometedora de iniciativas como el Procés Constituent de Teresa Forcades y Arcadi Oliveres son síntomas de un período en transformación y reorganización del panorama político en el que la cuestión de construir una herramienta política que pueda aspirar a romper con la austeridad y el Régimen de la Transición está planteada, aunque no resuelta.

El fulgurante ascenso de Syriza marca la dinámica de la izquierda euromediterránea que se ha visto interpelada por su irrupción. Se ha convertido en el referente concreto en Europa de que es posible articular un proyecto político-electoral capaz de disputarle la hegemonía electoral a la socialdemocracia y tener vocación de mayoría. Syriza es una fuerza contradictoria, formada por diversas corrientes y sensibilidades. Tras su irrupción electoral en mayo y junio de 2012 ha realizado un creciente viraje hacia posiciones más institucionales y tendentes a la rebaja de sus postulados programáticos, en particular en lo que concierne al pago de

la deuda. En el congreso de primavera de 2013 su dirección certificó este giro “realista” (Kouvelakis, 2013). Su evolución final es, sin embargo, incierta y estará sometida a dos presiones contradictorias: la lógica de la gobernabilidad y de la respetabilidad institucional, de un lado, y la radicalización social creciente como consecuencia de la intensificación de los ataques sociales, del otro. La importancia de Syriza para la izquierda euromediterránea no estriba ni en el interés intrínseco de la propia Syriza ni en convertirla en modelo a copiar. Más allá de la “Syriza real”, es el “símbolo Syriza” el que cuenta, pues encarna el ejemplo de que “es posible” construir una alternativa. Y este es el principal significado que tiene para las fuerzas opuestas a la austeridad fuera de Grecia.

La politización en ascenso y el aumento de las luchas sociales empuja, a la vez y contradictoriamente, tanto hacia el apoyo instrumental a la izquierda tradicional, como a la formación de nuevas alternativas al margen de los partidos institucionales. Puede que al final acabe prevaleciendo el apoyo instrumental a lo existente o al revés, que prevalezca la pulsión hacia lo nuevo. Posiblemente ambos acaben recombinándose. La clave será entonces cómo y con qué pesos respectivos. Así, como también será determinante qué forma toma lo “nuevo” y si en él prevalece una lógica de transformación radical del sistema o si por el contrario se imponen las corrientes que expresan una crítica más superficial y epidérmica hacia el mundo de hoy. La dinámica general favorece la radicalización social alimentada por la constatación de la imposibilidad de conseguir cambios reales y la percepción generalizada de que el sistema y los “mercados” son imperturbables. Pero dicha radicalización se encuentra también con límites importantes, debido a la debilidad de la izquierda, la falta de referentes, el peso acumulado derrotas, la falta de expectativas de cambio social, la poca claridad estratégica de muchos movimientos y, en muchos casos, la radicalidad se expresa más en las formas de luchas y en su dinámica que en términos estrictamente programáticos.

El problema encima de la mesa es como reconstruir un proyecto de transformación social en una sociedad sacudida por un inmenso proceso de transformación social que desestabiliza todas las esferas. Para ello no sólo hay que plantear la cuestión en términos de recomposición y unidad de la izquierda existente, sino en términos de reconstrucción de la misma. En realidad, en un sentido histórico la variable más relevante es la incorporación del grueso de activistas sociales, de la izquierda social hoy no políticamente organizada, y de amplias franjas de ciudadanos no encuadrados en ningún marco de intervención, a la construcción de nuevas herramientas políticas.

A medida que los planes de ajuste reconfiguran la sociedad, sacuden a todas las estructuras políticas y sociales la necesidad de construir nuevos instrumentos políticos se torna más evidente. Las formas que tomarán los nuevos proyectos

políticos a construir serán impredecibles y seguramente adquirirán contornos confusos, con contradicciones y límites programáticos y estratégicos. El reto es conseguir articular nuevas herramientas que consigan amplios apoyos sociales llenando el vacío de representación existente y que tengan una orientación programática y estratégica, una práctica cotidiana, y un proyecto de cambio social lo más avanzados y desarrollados posible.

BIBLIOGRAFÍA

- AGUITON, Christophe y Bensaïd, Daniel (1997). *Le retour de la question sociale*. Lausanne: Éditions Page Deux
- ANTENTAS, Josep Maria. (2008). "Los sindicatos ante la globalización: ¿Hacia qué nuevas formas de solidaridad internacional?", *Cuadernos de Relaciones Laborales* 26 (1), pp 35-55.
- (2013). "La indignación, tras la explosión inicial. El 15M en Catalunya durante 2012", *Anuari del Conflict Social 2012*, pp. 263-275,
- y Vivas, Esther. (2012). *Planeta Indignado*. Madrid: Sequitur.
- BADIOU, Alain. (2011). "Una modificación brutal de la relación entre lo posible y lo imposible", *Rebelión*, en <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=131163>
- ANTON, Antonio. (2013). "Desafíos de la protesta social", *Mientras Tanto* 117.
- BENSAÏD, Daniel. (2004). *Cambiar el mundo*. Madrid: La catarata.
- (2009). "Y después de Keynes, qué", *Viento Sur* 106, pp 86-104.
- (2010) "El escándalo permanente" en VVAA. *Democracia en suspenso*. Madrid: Casus Belli.
- CADTM. (2010). "La deuda, maná del cielo para los acreedores y una tragedia para los pueblos", en <http://www.cadtm.org/Juntos-para-imponer-otra-logica>
- CAMARGO, Joao. (2013). *Que se lixe a Troika!* Porto: Deriva.
- CASALS, Xavier. (2010). "Factores que definen y explican a la Plataforma x Catalunya (PxC)", *Viento Sur* 111, pp. 69-73.
- DURAND, Cédric. (2013). "Introduction: qu'est-ce que l'Europe?" en Durand, Cédric (dir). *En finir avec l'Europe*. Paris: La Fabrique
- GOBIN, Corinne. (1997). *L'Europe Syndicale*. Bruxelles, Éditions Labor.
- (2000). "L'Europe syndicale au risque de la mondialisation", *Les Temps Modernes* 607, pp. 159-177.
- HARVEY, David. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Akal.

- HOLLOWAY, John. (2002). *Cambiar el mundo sin tomar el poder*. Buenos Aires: Herramienta.
- HUSSON, Michael. (2010). "Refundación o caos", en: <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=2821>
- HUSSON, Michael. (2013). *El capitalismo en 10 lecciones*. Madrid: Los lobros de Viento Sur-La Oveja Roja.
- HYMAN, R. (2001). *Understanding European Trade Unionism*. London, Sage.
- KOUVELAKIS, Stathis. (2007). *La France en révolte*. Paris: Textuel.
- (2011). "Golpe de Estado europeo frente al levantamiento popular", en <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/index.php?x=4570>
- (2013). "9+1 notas sobre Syriza tras su congreso fundacional 2013", en <http://www.vientosur.info/spip.php?article8181>
- MARTIN, Andrew y Ross, George. (2001). "Trade Union Organizing at the European Level: The Dilemma of Borrowed Resources", en Imig, Doug y Tarrow, Sidney (eds). *Contentious Europeans*. New York: Rowman & Littlefield.
- MARX, Karl. (1992 [1850]). *La Lucha de clases en Francia*. Madrid: Espasa-Calpe
- MEDIALDEA, Bibiana. (2010). "La UE al desnudo", *Viento Sur* 110, pp. 47-57.
- PASTOR, Jaime. (2010). "El partido popular y la anomalía española", *Viento Sur* 111, pp. 61-68.
- PISARELLO, Gerardo. (2011). *Un largo Termidor*. Madrid: Trotta.
- (2011b). "Una (contra)reforma constitucional servil", en <http://www.sinpermiso.info/textos/index.php?id=4398>
- PUCCIARELLI, Matteo. (2012). *L'armata di Grillo*. Roma: Alegre.
- RANCIÈRE, Jacques. (2006). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- SOTIRIS, Panagiotis. (2012). "El movimiento de las plazas en Grecia: crisis política y conflicto social" en Fernandez, Joseba, Sevilla, Carlos y Urbán, Miguel (eds.). *¡Ocupemos el mundo!* Barcelona: Icaria
- (2013). "Greece: Social struggles, political crisis and the challenges for Left Strategy" (ponencia presentada en la Predicaments of the Left Conference, organizada por el Centre of Labour Studies en Zagreb 17-19 October 2013)
- TRAVERSO, Enzo. (2010). "La islamofobia está en la fuente del nuevo populismo de derechas", en <http://www.vientosur.info/articulosweb/noticia/?x=3463>.